

JOSÉ LUIS LEÓN*

AUTORITARISMO Y DEMOCRACIA EN COREA DEL SUR: TEORÍA Y REALIDAD

INTRODUCCIÓN

¿Es la democracia un fenómeno con características homogéneas en las distintas regiones del planeta? ¿Hasta qué punto las teorías sobre el autoritarismo y las transiciones hacia sistemas pluralistas poseen una aplicación universal? El caso de Corea del Sur resulta pertinente para intentar una respuesta –aun si esta es preliminar– a ambas preguntas. Por un lado, Corea del Sur constituye un útil referente para poner a prueba diversas teorías sobre el origen del autoritarismo, la transición a la democracia y la normalización de dicho proceso político. Por otro lado, presenta ciertas peculiaridades que alejan su democracia del tipo ideal forjado en el imaginario político de los países occidentales, particularmente en Estados Unidos y Europa Occidental.

El presente texto, compuesto por cinco secciones, busca profundizar en el estudio de la transición política en Corea del Sur. La primera sección discute la naturaleza del autoritarismo en ese país. El punto de partida de los procesos de democratización surcoreana es muy recién-

* Doctor en Ciencia Política por Columbia University, Nueva York. Profesor-Investigador de Tiempo Completo en el Área de Política Internacional de la Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco e Investigador Nacional Nivel I del Sistema Nacional de Investigadores.

te; en el pasado, la península coreana fue gobernada por dinastías y posteriormente vivió la colonización japonesa. Tras su independencia en 1945 y la guerra de Corea en 1950-1953, el sur de la Península experimentó un largo período autoritario que tuvo su cenit en el período *Yushin*; es decir, la dictadura que ejerció el presidente Park Chung Hee entre 1972 y 1979. Dicho apartado discute hasta qué punto la experiencia *Yushin* puede considerarse como un régimen burocrático-autoritario en la tipología propuesta por Guillermo O'Donnell, al tiempo que identifica las conexiones entre el modelo político y la estrategia de desarrollo seguida por Corea del Sur en la década del setenta.

La segunda sección constituye un diálogo explícito con las tesis de Seymour Martin Lipset y Barrington Moore. De acuerdo con Lipset, a medida que el crecimiento económico genera mayores niveles de educación, urbanización e ingreso se gestan las condiciones para una transición democrática. Por su parte, Moore argumenta, basado en la revisión de la historia política de países europeos, asiáticos y de EE.UU., que el surgimiento de una burguesía fuerte es un requisito *sine qua non* para la construcción de la democracia. La evidencia disponible demuestra la aplicación de estas teorías para el caso de Corea del Sur, en donde efectivamente el impulso hacia la democracia estuvo precedido de un vigoroso proceso de crecimiento económico, la consolidación de amplias franjas de clase media, y la maduración de una clase empresarial que paulatinamente fue reclamando un mayor protagonismo en la vida política.

La tercera parte discute la transición coreana a la luz de las teorías del ya mencionado Guillermo O'Donnell y de Phillip Schmitter, así como de Adam Przeworski, en torno a las tensiones y divisiones que ocurren al interior de la clase gobernante una vez que la sociedad civil ha comenzado a movilizarse en demanda de una apertura política. En el caso surcoreano, la tensión entre “duros” y “blandos” apareció reiteradamente a lo largo de la década del ochenta. Aunque inicialmente estas pujas fortalecieron a las facciones autoritarias del régimen y a los elementos radicales de la oposición, a medida que transcurrió el tiempo los moderados fueron asumiendo la dirección del proceso político. La intensa movilización social de mediados de 1987 fortaleció a las tendencias negociadoras, y favoreció una transición pactada que se iniciaría de manera franca en 1988. El peso de los factores internacionales identificados por Samuel Huntington como parte de la “tercera ola” democratizadora no fue el factor más relevante dentro del proceso de la transición surcoreana.

El cuarto apartado constituye un recuento de los cambios políticos ocurridos en Corea del Sur a partir de la elección presidencial de 1987, cuando comenzó a operar un proceso de normalización en la alternancia de los hombres y partidos en el poder. Desde entonces, la

realización de elecciones libres y periódicas se ha efectuado sin demasiados contratiempos, aunque no exenta de polémica. Como quedó de manifiesto en la crisis económica de 1997, la democratización política en Corea del Sur estuvo acompañada por dramáticos altibajos en la estructura económica, vanos intentos del Estado por regular el poderío de los conglomerados industriales, transformaciones en la estructura burocrática del antiguo régimen, y un pragmático acercamiento con la vecina Corea del Norte.

La quinta y última parte del artículo analiza las peculiaridades de la transición a la democracia y del sistema político en Corea del Sur. Aun cuando esta encaja puntualmente en muchas de las premisas teóricas que se han enunciado arriba, también es cierto que el sistema político surcoreano posee importantes especificidades, que lo hacen distinto al ideal de Occidente. Se destacan entre ellas la volatilidad y relativa debilidad de los partidos políticos, el enorme peso del regionalismo, la incidencia de la cultura confuciana en el sistema político, y el papel de la corrupción como elemento de catarsis dentro del sistema político.

ORÍGENES Y AUGE DEL AUTORITARISMO EN COREA DEL SUR

Antes de discutir los detalles del proceso de transición democrática en Corea del Sur resulta necesario discutir la naturaleza del sistema político autoritario que por largo tiempo prevaleció en el país. El punto de partida es que en Corea del Sur no es posible apelar a una tradición democrática en la acepción occidental del término. Al respecto, debe recordarse que la península coreana en general, y Corea del Sur en particular, poseen una historia política que no es democrática, ni siquiera en términos de la definición minimalista que de este concepto propone Joseph A. Schumpeter. De acuerdo con este autor, “el método democrático es un arreglo institucional para arribar a decisiones políticas, en el cual los individuos adquieren el poder decisorio a través de una lucha competitiva por el voto popular” (Schumpeter, 1950: 269). Al igual que otros países del Este Asiático, Corea fue gobernada por estirpes políticas que se perpetuaron por siglos, como es el caso de las dinastías Koryo (918-1392) y Yi (1392-1910). Entre 1910 y 1945, la península coreana fue objeto de una colonización japonesa que, si bien contribuyó a la creación de infraestructura y a la adopción de instituciones burocráticas eficientes, no se caracterizó precisamente por un ejercicio pluralista del poder (Cho, 1994; Kohli, 1999).

Una vez que Corea obtuvo la independencia, y después de que el país se dividiera en dos, en julio de 1948 Corea del Sur designó presidente a Syngman Rhee, quien gozaba de una evidente simpatía por parte de EE.UU. En Washington se pensaba que Rhee sería un modernizador de la política y la economía coreanas, pues además de obtener su maestría

en Harvard y su doctorado en Princeton había tenido una historia de lucha anti-colonial¹. Sin embargo, su administración (1948-1960) terminó por crear un sistema político autoritario y personalista (Clifford, 1998: 153). Más que emular al pluralismo europeo o estadounidense, la de Rhee guarda cierto parecido con algunas tiranías latinoamericanas de la época, como las de Anastasio Somoza en Nicaragua, Fulgencio Batista en Cuba, Rafael Leónidas Trujillo en la República Dominicana, o Alfredo Stroessner en Paraguay (Rouquié, 1984: 175-209). Al igual que sus homólogos de América Latina, el mandatario coreano se encaramó en el poder todo el tiempo que pudo; hizo del combate al comunismo una de las prioridades estratégicas de su administración; recibió un abierto apoyo político, diplomático y económico de EE.UU.; recurrió frecuentemente a la tortura y la represión; incurrió en frecuentes actos de corrupción, e instaló una estructura administrativa ineficiente y basada en el clientelismo².

De cualquier forma, el régimen se esforzó por mantener una formalidad democrática. Las elecciones se sucedían oportunamente, pero eran poco competitivas y siempre las oscurecía la sombra de la manipulación y el fraude: el propio Rhee fue reelegido en 1956 y 1960 por amplias y sospechosas mayorías. Si bien la Asamblea Nacional de la República de Corea siguió funcionando, esta instancia legislativa no representaba un contrapeso de consideración frente al Poder Ejecutivo. Puesto a elegir entre la sagacidad del zorro y la fuerza de león a las que se refería Nicolás Maquiavelo, Rhee optó por esta última opción. La represión fue en efecto feroz, y se expresó en hechos como la masacre en la isla de Cheju el 3 de abril de 1948. En esa ocasión, con el apoyo de tropas estadounidenses, Rhee ordenó reprimir a cualquier costo una insurrección armada que había surgido en la isla. El costo humano fue enorme: se calcula que habrían muerto unos 25 mil civiles inocentes, cantidad equivalente al 10% de los habitantes de Cheju (Jin, 2003). El presidente Rhee y sus seguidores justificaban esta compulsión autoritaria invocando la amenaza del comunismo, y específicamente la vecindad con Corea del Norte. Al igual que en los casos latinoamericanos ya

1 El caso de Syngman Rhee recuerda la fascinación que el presidente mexicano Carlos Salinas de Gortari (1988-1994) causaba en los círculos políticos, académicos y empresariales de EE.UU. por haber obtenido su doctorado en Harvard. Aun cuando Salinas transformó radicalmente a México, este cambio no fue precisamente en el sentido de la modernidad política y la pulcritud administrativa. Por su parte, Lee Kuan Yew, presidente de Singapur entre 1959 y 1990, fue un egresado de Cambridge que efectivamente modernizó y proyectó a la economía de su país a planos mundiales. Pero aunque nunca fue acusado de corrupción, su récord en materia democrática y de respeto a los derechos humanos resulta más que cuestionable. La lección es más que clara: lo doctor no quita lo autoritario.

2 Agradezco la pertinente sugerencia de un dictaminador anónimo, en el sentido de comparar a Syngman Rhee con sus homólogos latinoamericanos de la época.

mencionados, Washington no dudó en sacrificar la democracia surcoreana en el altar de la estabilidad política y el anticomunismo.

Rhee emprendió un proceso de industrialización sustitutiva de importaciones que, aunque en principio no fue especialmente exitoso, sí contribuyó a diversificar la estructura económica y social en Corea del Sur. A principios de la década del sesenta el país ya evidenciaba los efectos de esta modernización. Justamente en 1961 ocurrió una intensa movilización estudiantil, que en gran medida se inició como una reacción frente a los excesos autoritarios de Syngman Rhee. Cabe recordar que, en la visión confuciana, los letrados poseen un papel social muy relevante. En Corea del Sur, los estudiantes –y en menor medida los profesores universitarios– han ejercido una actitud muy crítica y, como se manifiesta a lo largo de este trabajo, constituyeron una de las principales fuerzas propulsoras en los distintos momentos del proceso democrático. Es cierto que las revueltas de 1960 anticipaban un descontento estudiantil que se extendería mundialmente a lo largo del decenio que comenzaba, pero también es posible entenderlas como una expresión particular de la cultura, la sociedad y la política surcoreanas.

La intensidad de estos movimientos estudiantiles fue un factor crucial para precipitar la renuncia de Syngman Ree en abril de 1960. Tras un breve período de transición, Park Chung Hee se hizo cargo del poder ejecutivo de la República de Corea en 1961. Militar de carrera, Park encabezaría un sistema sumamente autoritario que en principio pretendió mostrar ciertos matices democráticos, para lo cual mantuvo viva a una Asamblea Nacional de muy bajo perfil y permitió ciertos espacios críticos en la prensa. No obstante la inoperancia de las mediaciones democráticas, la década del sesenta vería surgir expresiones opositoras cada vez más organizadas. Aprovechando los resquicios legales existentes, en las elecciones presidenciales de 1971 se presentó como candidato un líder opositor que había surgido en el camino y que se convertiría en un ícono de la democratización surcoreana: Kim Dae Jung. Kim estuvo a punto de derrotar a Park, y de hecho algunos analistas argumentan que habría resultado vencedor si los comicios hubiesen sido limpios (Clifford, 1998: 76).

Alarmado por el sobresalto electoral que había sufrido a causa de Kim Dae Jung, Park buscó establecer un sistema mucho menos permeable a las sorpresas. Dado que la democracia es entre otras cosas el reino de la “incertidumbre organizada” en los resultados políticos (Przeworski, 1991: 13), la alternativa que Park buscó fue la profundización del autoritarismo. El giro hacia el sistema *Yushin* se precipitó además por un imperativo geopolítico: en 1969 el presidente estadounidense Richard Nixon había anunciado que sus aliados asiáticos deberían compartir, en adelante, la responsabilidad por la seguridad del área. En Seúl ese mensaje se interpretó como un signo de que Washington reduciría su apoyo a Corea

del Sur, pudiendo esta quedar a la deriva frente a la agresividad de China, la URSS y Corea del Norte. Este hecho aumentó el sentido de zozobra en la elite política surcoreana, precipitando así tanto el autoritarismo político como un esfuerzo de industrialización pesada, que tenía un ojo puesto en una posible guerra con Norcorea.

En 1972 Park impulsó con éxito la ley marcial, así como modificaciones constitucionales para que las elecciones ya no fuesen directas, sino indirectas. El resultado fue el establecimiento del sistema *Yushin* (vocablo que en coreano significa “reforma de revitalización”). En línea con la teoría propuesta por O’Donnell (1973), el régimen *Yushin* puede tipificarse como burocrático-autoritario (en adelante, BA). De hecho, como apunta Hyug (1987), la caracterización de los regímenes BA no sólo es útil para entender a los países del Cono Sur en cuyas experiencias se basa esta teoría, sino también para analizar el caso de Corea del Sur. De acuerdo con O’Donnell, el BA habría surgido como una respuesta político-económica ante la necesidad de profundizar la sustitución de importaciones hacia sus fases intensivas en capital. El paso hacia la industrialización química y pesada (en adelante, IPQ) requería controlar las manifestaciones de descontento del sector popular y excluir políticamente a la gran mayoría de la población por la vía autoritaria. En el BA, el control político estaría ejercido por una coalición de militares y tecnócratas interesados en profundizar la IPQ (O’Donnell, 1973).

Curiosamente, en las dictaduras militares de Argentina, Chile y Uruguay durante la década del setenta el modelo económico no profundizó la industrialización; más bien tendió a apostar por la apertura externa, y en muchos casos generó procesos de desindustrialización. En Corea del Sur, por contraste, la tesis del BA como expresión política de la IPQ parece tener más sustento. Para 1970 Corea había completado su transformación, de una economía sustentada en la agricultura y la explotación de los recursos naturales a una industrial y de servicios. El país había cubierto las “etapas fáciles” de la sustitución de importaciones y se veía en la necesidad de avanzar hacia la producción de bienes intermedios y de capital. Con la promulgación del Tercer Plan Quinquenal, en 1972, Corea del Sur buscaba desarrollar ventajas competitivas en sectores como la siderurgia, los automóviles, la electrónica y los productos químicos. Esta estrategia fue relativamente exitosa desde el punto de vista económico, aunque sus costos políticos y humanos resultaron enormes.

Sin duda los más notables entre ellos fueron la ausencia de democracia y la consiguiente coerción como forma privilegiada de la relación entre el Estado y la sociedad civil. En este sentido, la Agencia Central de Inteligencia de Corea (en adelante KCIA, forma en que se la suele denominar), fundada en 1961 y dirigida por Kim Jong Pil, so-

brino y aliado incondicional de Park, asumiría un papel protagónico. La KCIA, que inicialmente buscaba absorber cierto *know how* de las agencias de inteligencia occidentales, se convirtió en un virtual ministerio de la represión. Desde su fundación, la KCIA desató una feroz persecución contra cualquier persona que expresara opiniones negativas sobre el gobierno aún cuando estas expresiones no buscasen organizar opciones contrahegemónicas.

Por su importancia institucional y su impacto en la vida cotidiana, la KCIA recuerda en muchos sentidos a los organismos de seguridad como la KGB –Kremlin General Bureau– en la Unión Soviética, la *Stasi* en Alemania Oriental, la *Securitate* en Rumania o la DINA –Dirección Nacional de Inteligencia– de Augusto Pinochet en Chile, cuyas principales funciones eran mantener un férreo control de las actividades –políticas y no políticas– de los ciudadanos. Al igual que en el Cono Sur y otras experiencias autoritarias, la “guerra sucia” surcoreana se caracterizó por una gran cantidad de intimidaciones, arrestos, desapariciones y exilios. Los ciudadanos de Corea del Sur llegaron al extremo de cuidarse de expresar en privado cualquier opinión crítica al régimen, pues temían que sus propios compañeros de trabajo, amigos, e incluso familiares, fuesen agentes secretos al servicio de la KCIA. El poderío de esta agencia no se circunscribía únicamente a las fronteras surcoreanas, y llegaría a extender sus brazos de operación fuera del país. Por sólo mencionar uno entre muchos ejemplos, en 1973 la KCIA capturó a Kim Dae Jung en Tokio y lo trasladó a Corea del Sur, donde fue torturado. Su inminente ejecución sólo abortó por las gestiones de los gobiernos de EE.UU. No obstante estas presiones diplomáticas, el gobierno de Park mantuvo al líder opositor bajo arresto domiciliario.

La férrea represión del régimen *Yushin* ocurrió mientras la economía registraba altas tasas de crecimiento, derivadas de la IPO. Sin embargo, hacia fines de la década del setenta el modelo de desarrollo surcoreano se hallaba en problemas, causados en gran parte por las dificultades para financiar la industrialización pesada. Aunque Corea del Sur había incursionado con éxito en las fases livianas de la sustitución de importaciones, el país carecía de los recursos suficientes para financiar el “gran salto” industrial. Además, a lo largo de la década los precios internacionales del petróleo habían escalado abruptamente, hecho que afectó sobremanera a una economía netamente importadora de energéticos.

Ante esta situación, Corea del Sur comenzó a financiar su crecimiento vía el endeudamiento externo. Para 1980 el país se había convertido en el mayor deudor de Asia y el tercer deudor del mundo en desarrollo, sólo por debajo de Brasil y México. Además, el aumento del gasto público asociado al financiamiento de la industrialización presionó para que la inflación sufriera considerables aumentos. Por su parte, el défi-

cit en la cuenta corriente se quintuplicó entre 1978 y 1980. En 1980, la economía registró un crecimiento negativo por primera vez desde 1956 (Frieden, 1985: 11-12; Woronoff, 1986: 106). Los problemas del modelo de IPQ terminarían por articularse con el despertar de la sociedad civil y el resurgimiento de importantes manifestaciones opositoras, fenómenos que se analizarán en detalle en las siguientes secciones.

EL CRECIMIENTO ECONÓMICO Y SUS EFECTOS EN LA DEMOCRATIZACIÓN DE COREA DEL SUR

Las anteriores consideraciones conducen directamente a discutir la relación entre el crecimiento económico y la maduración de las condiciones necesarias para el advenimiento de la democracia. De acuerdo con una vieja tesis de Seymour Martin Lipset, en las naciones europeas, angloparlantes y latinoamericanas existe una fuerte correlación entre el crecimiento económico y el surgimiento de sistemas pluralistas: “mientras más próspera es una nación, mayores posibilidades tendrá de sostener una democracia” (Lipset, 1959: 75). Barrington Moore, por su parte, relacionó el surgimiento de la democracia en Gran Bretaña, Francia y EE.UU. con la destrucción de las oligarquías terratenientes y la maduración de una burguesía con intereses propios. En este sentido, la tesis de Moore muestra evidentes convergencias con el análisis marxista, al establecer categóricamente que “sin burguesía no hay democracia” (Moore, 1966: 19).

¿Qué aplicación encuentran ambas propuestas teóricas en el caso de Corea del Sur? Con respecto a los postulados de Lipset, parece claro que el crecimiento económico generó en efecto las condiciones para una transición democrática. Para principios de la década del ochenta Corea del Sur ya había experimentado un impactante y muy acelerado proceso de transformación económica. Por ejemplo, el producto interno bruto (PIB) creció a una tasa de 7,7% anual en la década del sesenta y de 8,8% por año en la década siguiente. Este desempeño superó holgadamente al de la economía mundial, que en los mismos períodos aumentó 5 y 4% respectivamente. Analizada en el gran mapa económico de la última mitad del siglo XX, la tasa de crecimiento de Corea del Sur fue una de las más altas del mundo.

Igualmente notable fue la evolución del PIB per cápita surcoreano, que pasó de 275 dólares en 1970 a 599 en 1975, y a 1.632 en 1980: en el transcurso de una década, prácticamente se había sextuplicado. En 1970 el PIB per cápita de Corea del Sur era menor al de países como Guatemala y Brasil, pero para 1980, ya había superado holgadamente a los otros países. Como bien observa Angus Maddison, mientras que a Corea del Sur le tomó once años duplicar el PIB per cápita (1966-1977),

a Japón le tomó 34 (1885-1919), a EE.UU. 47 (1839-1886), y a Gran Bretaña 58 años (1780-1938) (Clifford, 1998: 19).

Otro importante cambio estructural en la economía surcoreana fue la relativa pérdida de relevancia del sector agropecuario, y el acelerado desarrollo de los sectores industrial y de servicios. En 1961, la agricultura generaba casi la mitad del PIB, el sector industrial 12%, y los servicios 39%. Hacia 1970 las actividades agrícolas ya habían descendido al 32,4% de la actividad económica, mientras que la industria ascendía a 27,1% y los servicios a 40,5%. Para 1990 la disminución relativa de las actividades agropecuarias era aún más nítida, pues estas sólo generaban el 9,3% del PIB; la manufactura, en tanto, había llegado a casi 42,9%, y los servicios a 47,7% (León, 2001: 427). Existe pues un claro tránsito de la economía coreana hacia una estructura mucho más moderna, basada en la industria y los servicios.

Al igual que en América Latina, en Corea del Sur el proceso de industrialización generó una acelerada urbanización y el consiguiente surgimiento de grupos sociales relacionados con la economía de las ciudades. Especialmente notable fue la expansión de la clase media. Ese proceso, que también tuvo lugar en América Latina, sucedió en Corea de manera aún más pronunciada, debido a que cuando se inició su proceso de industrialización ya contaba –al igual que Taiwán– con una distribución del ingreso relativamente armónica, que logró mantener e incluso mejorar a lo largo de su transformación económica. En América Latina el crecimiento económico favoreció el desarrollo de los estratos medios, pero no fue ajeno al aumento de las brechas sociales. Entre 1965 y 1970, el coeficiente de Gini, que indica una mayor concentración del ingreso mientras más se acerca a la unidad, era de .34 en Corea del Sur, de .57 en Brasil y de .58 en México. Para el período 1981-1990, había ascendido a .60 en Brasil, mientras que en México había descendido a .53 y en Corea del Sur a .33 (Campos y Root, 1996: 9). En suma, en el país asiático el crecimiento económico en un entorno de relativa igualdad social generó el surgimiento de una amplia clase media. Las connotaciones políticas de este proceso son evidentes: es sabido que los sectores medios suelen configurarse en una fuerza muy importante en la búsqueda de la democratización política.

En lo que respecta a la tesis de Moore y su aplicación en el contexto surcoreano, es un hecho que el proceso de industrialización estuvo precedido de una ambiciosa reforma agraria en las décadas del cuarenta y cincuenta. El resultado fue la destrucción de la aristocracia terrateniente, denominada *yangban* (Haggard, 1990: 35-36). El debilitamiento de esa clase, sin embargo, no fue consecuencia tanto del ascenso de una clase burguesa como de la fuerza que el Estado surcoreano logró adquirir. Así, en las fases iniciales de la industrialización, este se

convertiría en el gran orquestador del proceso vía la planeación económica y la fijación de incentivos para el sector privado.

No es un secreto, por cierto, que la industrialización surcoreana emuló en muchos sentidos a la experiencia japonesa de desarrollo industrial. En ambos casos existió una estrategia de imitación tecnológica frente a los líderes económicos mundiales, una mentalidad de industrialización vinculada a la construcción del poder nacional, un régimen autoritario o semi-autoritario pero desarrollista y un fortalecimiento de los grandes conglomerados económicos, conocidos como *keiretzu* en Japón y *chaebol* en Corea del Sur.

A la vuelta del tiempo, el propio éxito de la estrategia económica de Corea del Sur generó un cambio en la correlación de fuerzas entre el Estado y el gran capital. En la década del ochenta, la privatización del sistema bancario y la relativa apertura de la economía contribuyeron a disminuir el control estatal sobre la asignación de recursos financieros y las voluntades políticas. Por tanto, el gobierno vio disminuir su capacidad de manejo e influencia sobre el sector privado. A medida que crecían los ingresos y la competitividad internacional de las grandes empresas, el pacto de dominación también fue objeto de transformaciones estructurales. Cabe señalar que este cambio ocurrió sobre todo frente al capital nacional; es bien sabido que ni las empresas estadounidenses ni las japonesas tuvieron demasiada incidencia en el desarrollo económico en el país. A diferencia de América Latina, donde las compañías multinacionales jugaron un papel clave en los sectores más dinámicos de la economía, en Corea del Sur el gobierno cuidó de que capital foráneo se concentrara en actividades de bajo valor agregado y escasa densidad tecnológica. Así, en el momento de lanzar la IPQ en la década del setenta, las empresas extranjeras eran responsables del 39,8% de las exportaciones de ropa y textiles, pero sólo concentraban 12,3% de los productos electrónicos y 2% de la maquinaria (Cumings, 1987: 96).

El paulatino fin de la subordinación del capital surcoreano al Estado condujo a un incremento de los conflictos intra-élite y fue socavando una de las principales alianzas políticas del régimen autoritario. Un emblema de estas desavenencias fue la campaña electoral del fundador de Hyundai, Chung Ju Yung, quien en 1992 buscó obtener –sin éxito– la presidencia de la república. Su *slogan* de batalla era lo suficientemente revelador, pues demandaba “expulsar al gobierno de los negocios” (Evans, 1995: 227). Diez años más tarde, su hijo Chung Mong Joon intentaría retomar la inconclusa tarea política de su padre. Aunque a la postre ninguno de los dos Chung se convirtió en presidente, ambos intentos son ilustrativos de la radical transformación en las relaciones Estado-empresa. Sería excesivo afirmar que los papeles se han invertido, y que ahora la relación es conducida por las corporacio-

nes privadas, pero resulta claro que el Estado ha perdido importantes márgenes de maniobra en relación con aquellas.

En suma, tanto el descontento estudiantil de la década del sesenta como la inconformidad de los distintos estratos sociales que se hizo presente en las décadas del setenta y ochenta pueden entenderse como una confirmación, al menos parcial, de las hipótesis de Lipset y Moore. Las formas específicas que este proceso de maduración política asumió en Corea del Sur son objeto de análisis a continuación.

ESTADO Y SOCIEDAD CIVIL EN LA TRANSICIÓN DEMOCRÁTICA SURCOREANA

Las presiones democratizadoras de la sociedad civil surcoreana dieron lugar a un cúmulo de tensiones y divisiones en el seno de la clase gobernante. Como se mencionó en los anteriores apartados, tanto el sobrecalentamiento económico derivado de la IPQ como la creciente politización de los obreros, los estudiantes y las clases medias en Corea del Sur, darían pie al surgimiento de una serie de expresiones políticas opositoras en 1980. A falta de canales democráticos explícitamente establecidos, el conflicto político se trasladó a las calles de las ciudades surcoreanas más importantes.

Entre los grupos que lideraron esta insurrección urbana se destacan los estudiantes, que han ejercido un papel clave en la historia política coreana. En la década del ochenta, a las tradicionales movilizaciones estudiantiles se añadió el hecho de que los jóvenes comenzaron a desarrollar vinculaciones cada vez más orgánicas con la clase trabajadora. En las universidades proliferó un estilo de activismo por el cual los estudiantes buscaban establecer una presencia en las fábricas a fin de concientizar a los obreros sobre las injusticias sociales (Ogle, 1990: 99). Por su parte, a pesar de que las clases medias carecían de una organización propia en forma de partido político o movimiento social, se convirtieron en portadoras del descontento social y las críticas al autoritarismo gubernamental.

Los sindicatos, uno de los sectores más reprimidos por el régimen *Yushin*, lograron sobreponerse a las intimidaciones y fueron aumentando la frecuencia e intensidad de sus movilizaciones. El descontento laboral ya había comenzado a manifestarse a fines de la década del sesenta, con los paros de los trabajadores en los astilleros Choson en 1969 y la huelga de hambre de los obreros de la farmacéutica Pfizer Corea en 1970. En ese mismo año, Chon Tae Il, un obrero textil, se prendió fuego en protesta por las malas condiciones de trabajo de las mujeres en los establecimientos textiles en el Mercado de la Paz, localizado en un suburbio de Seúl. A partir del suicidio de Chon se formó el Sindicato de Trabajadores de la Industria Textil de Chongye. Liderado por Yi So Sun, la madre del falleci-

do, este sindicato habría de convertirse en un animador de las posteriores movilizaciones obreras (Cumings, 1997: 370-372).

Finalmente, un actor poco reconocido pero muy importante que ejerció presión en pro de la democratización en Corea del Sur fue la iglesia católica (recuérdese que en Corea del Sur una de cada cinco personas profesa esta fe religiosa). Al igual que en América Latina, la iglesia católica comenzó a recibir influencias del Concilio Vaticano II y de la Teología de la Liberación, que establecía una opción preferencial por los pobres. Como en Argentina, Chile, El Salvador y otros países latinoamericanos azotados por las dictaduras en la década del setenta, la Iglesia Católica se convirtió en una importante fuerza propulsora del cambio social. Amparados en el hecho de que la KCIA dudaba en reprimir a los sacerdotes, muchos de estos forjaron alianzas con estudiantes y obreros, potenciando así el movimiento *Minjung* (“masas” o “gente común”). Las diversas denominaciones protestantes también contribuyeron a la movilización social: en 1973, el reverendo presbiteriano Park Hyoung Gyu presidió una manifestación pacífica, en la cual expresó severas críticas al régimen *Yushin* (Choi, 1993:17; Cumings, 1997: 372).

Los diversos teóricos de las transiciones democráticas coinciden en afirmar que, ante las presiones populares, las elites gobernantes tienden a dividirse. Por ejemplo, Adam Przeworski señala que los procesos de liberalización “resultan de la interacción entre las divisiones del régimen autoritario y la organización autónoma de la sociedad civil” (Przeworski, 1991: 56). O’Donnell y Schmitter (1986: 16-17) observan que la clase gobernante se escinde en un sector de “línea dura” que favorece el mantenimiento del régimen a cualquier precio, y una facción “blanda”, más proclive a negociar ciertos acuerdos con los grupos opositores. En consonancia con los supuestos de estos enfoques teóricos, en 1979-1980 la elite política surcoreana sufrió una importante división.

El elemento que desató las movilizaciones sociales de 1979 fue un incidente en la Compañía Comercial YH, una empresa textil ubicada en el Mercado de La Paz. Como ya se mencionó, en esa zona se asentaba una gran cantidad de talleres de firmas textiles, en donde las mujeres desempeñaban jornadas de 15 horas al día a cambio de salarios tan bajos que apenas se podía adquirir con ellos una taza de café. Tras el repentino cierre de YH por su propietario en agosto de 1979, la policía desalojó violentamente a 170 mujeres de la fábrica y las sitió en la sede del Nuevo Partido Democrático, liderado por Kim Young Sam, donde éstas se habían refugiado. Dos días después la policía tomó por la fuerza las oficinas del partido, dejando como saldo numerosas obreras heridas y una muerta (Cumings, 1997: 374).

A partir de este incidente, las protestas sindicales se multiplicaron explosivamente en todo el país, incluyendo las provincias del sureste, que habían recibido una atención prioritaria durante la adminis-

tración Park. Los trabajadores coreanos lograron desafiar la represión del régimen, y muy pronto recibieron el apoyo de los estudiantes. El 26 de octubre de 1979, mientras discutía con el director de la KCIA, Kim Chae Gyu, sobre el curso más adecuado a seguir frente a la movilización social, Park fue asesinado a tiros por el propio Kim. En el juicio que posteriormente se le siguió, el director de la KCIA argumentó que había victimado a Park para poner un alto a un régimen cada vez más autoritario y errático.

Tras la muerte de Park, el ala blanda del régimen asumió el gobierno en la persona del presidente Choi Kyu Ha, quien rápidamente promovió una liberalización política. El gobierno de Choi propuso redactar una nueva constitución, impulsó una amnistía para los presos políticos, readmitió a los estudiantes que habían sido expulsados de las universidades en razón de su activismo y permitió la rehabilitación política de Kim Dae Jung. Sin embargo, este intento de liberalización despertó de inmediato una enorme desconfianza entre las clases dominantes y el ala dura del régimen. A la sazón, el general Chun Doo Hwan, jefe del Comando de Seguridad de la Defensa, había ido adquiriendo un mayor protagonismo político. En abril de 1980 Chun se declaró Jefe de la KCIA y en mayo estableció la ley marcial, clausuró las universidades, prohibió los partidos políticos y disolvió el Poder Legislativo (Clifford, 1998: 157).

La principal reacción contra la restauración autoritaria que intentaba Chun ocurrió en la ciudad de Kwangju, capital de Cholla del Sur, donde unas 500 personas se pronunciaron contra el estado de sitio. Los manifestantes se mantuvieron protestando no obstante los gases lacrimógenos empleados por la policía, expulsaron a las tropas gubernamentales de la ciudad, y por cinco días establecieron un autogobierno local. En respuesta, los grupos militares leales al régimen buscaron retomar el control de Kwangju a cualquier precio, desatando una feroz represión que habría causado al menos unos 2 mil muertos y una cantidad indeterminada, pero muy alta de heridos (Eui, 2000). La masacre de Kwangju no sólo marcaría el inicio de un nuevo ciclo de crecimiento económico *cum* represión en los años ochenta, sino que también suele figurar, en la historia política coreana, como el principio del fin del orden autoritario.

Una vez reafirmado en el gobierno Chun ejercería el poder con un estilo sumamente autoritario, para lo cual se sirvió al máximo del aparato de la KCIA. Para fines de 1981, su gobierno había proscrito las actividades de 800 políticos opositores y enviado a unas 37 mil personas a “centros de purificación” en áreas montañosas alejadas de las ciudades (Cumings, 1997: 379). Kim Dae Jung fue condenado a muerte por considerársele culpable de la rebelión de Kwangju. Sin embargo, en 1981 su sentencia se conmutó por cadena perpetua y en 1982 se le liberó, a condición de que se exiliase en EE.UU. En el ámbito político-administrativo, Chun sustituyó a los altos estratos de la burocracia con

funcionarios –predominantemente militares– oriundos de la provincia de Kyongsang del Norte y su capital, Taegu. Este grupo integraría una hermandad llamada *hanahoe*, que literalmente significa “Club de una sola mente”. El *hanahoe* adquirió tanto poder que el sucesor de Chun, Roh Tae Woo, también pertenecía a este grupo (Clifford, 1998: 146).

Para retomar el crecimiento económico que requería urgentemente en vista de su escasa legitimidad política, Chun apostó a una alianza entre la milicia y la tecnocracia, pero a diferencia de su antecesor no formó una alianza con la burocracia nacionalista y de vocación industrializadora, sino con la facción liberal del Consejo de Planeación Económica (EPB, por sus siglas en inglés), que buscaba introducir reformas de mercado en la economía surcoreana. Los ajustes económicos que la tecnocracia liberal instrumentó para sortear la crisis de 1980 terminaron por convertirse en una estrategia de desarrollo muy diferente a la que se había seguido desde 1961. En efecto, el nuevo modelo económico coreano comenzó a orientarse –aunque de manera muy gradual– hacia la privatización, la liberalización del comercio exterior, el establecimiento de regulaciones anti-monopólicas, la racionalización industrial y la provisión de fuertes incentivos para la inversión en desarrollo tecnológico (León, 2001: 279-283).

Gracias a estos ajustes, para mediados de la década del ochenta las principales variables económicas se habían saneado. El país encontró de nuevo la ruta de crecimiento con estabilidad, y poco a poco fue relajando las medidas más restrictivas de la política económica. Corea del Sur pronto volvió a superar el dinamismo económico de la gran mayoría de los países en el mundo. En la década del ochenta, mientras América Latina vivía una “década perdida” en razón del virtual estancamiento de su economía, el país asiático crecía a tasas del 8% anual. Después de un ciclo de inflación recurrente iniciado en 1966, el aumento de precios retornó a niveles de un dígito en 1982, y en 1986 comenzó a registrar algunos superávits en la balanza de cuenta corriente.

Hacia finales de la década del ochenta Corea del Sur estaba inmersa en los efectos de una franca recuperación económica. La realización de los Juegos Olímpicos de 1988 en Seúl era vista por el gobierno como una oportunidad de enviar al mundo el mensaje de que el país ya no estaba devastado por la guerra, marginado y subindustrializado, sino que se había convertido en una economía en camino hacia el pleno desarrollo. Sin embargo, de manera similar a lo sucedido en 1968 en México, la vitrina de la modernidad se empañaría en vista de las demandas de apertura provenientes de la sociedad civil. La Olimpiada de Seúl, en efecto, estuvo precedida por significativos conflictos sociales y reiteradas demandas de democratización política.

Los principales actores en esta nueva ola de protestas fueron los sindicatos, que en junio de 1987 iniciaron una serie de movilizaciones

masivas. En el camino las agrupaciones sindicales habían ido modificando el perfil de su membresía: mientras en la década del setenta el grueso de esta había estado integrado por mujeres que laboraban en las industrias ligeras, en la década del ochenta comenzaron a predominar los trabajadores varones, empleados en industrias pesadas. También se había fortalecido la *no-hak yondae*, o alianza entre sindicatos y agrupaciones estudiantiles (Choi, 1993: 37). Un año después de iniciadas las movilizaciones de junio de 1987, los sindicatos habían aumentado su membresía en 64%, y se habían registrado 3.400 paros laborales y huelgas. La movilización obrera incluyó en su conjunto a casi un millón de personas.

Las clases medias también participaron de una manera mucho más decidida que en 1980, y expresaron su descontento al unísono con los otros grupos de la sociedad civil. Debe subrayarse que estas vastas coaliciones sociales rara vez lograron establecer vínculos significativos con los partidos políticos. En el largo proceso de democratización surcoreana, la sociedad política y la sociedad civil tendieron a correr por canales paralelos, que sólo en contadas ocasiones se tornaban convergentes (Choi, 1993: 33). De todas maneras, y a diferencia de lo sucedido en 1980, la presión popular fue suficiente para forzar el inicio de una transición hacia la democracia.

Para cerrar esta parte de la discusión cabe preguntarse hasta qué punto los factores internacionales incidieron en la transición surcoreana. Para contestar esta pregunta conviene hacer una breve referencia a las ideas de Samuel Huntington (1994). A decir de este politólogo estadounidense, desde el siglo XIX han tenido lugar en el mundo tres grandes oleadas democratizadoras. La primera, que tuvo lugar entre 1828 y 1926, se situó predominantemente en Europa y algunos países del Cono Sur latinoamericano. La segunda fue más bien corta (1943-1962), y estuvo asociada con eventos como el triunfo de los países democráticos en la Segunda Guerra Mundial y el movimiento de descolonización en los países de Asia y África. La tercera oleada comenzó en 1974 con la caída de la dictadura portuguesa, y se prolongó con el retorno a los sistemas pluralistas en Sudamérica y la extensión del pluralismo al Este asiático. Según Huntington, la variable internacional ha sido clave para afianzar esta "tercera ola democrática": en las transiciones posteriores a 1974, el contexto internacional ha influido de manera determinante para que los distintos países autoritarios se hayan visto obligados a instrumentar procesos de democratización.

Aunque la tesis de Huntington puede ser útil para contribuir a explicar los procesos de democratización en América Latina, Europa Central y del Este y los países mediterráneos de Europa, la validez de tal hipótesis parece mucho menor para el caso de Corea del Sur. Desde mi punto de vista, los intereses geopolíticos de EE.UU. y la preeminencia

cia del país asiático en la estrategia global de la gran potencia habrían inhibido el impacto de las variables internacionales sobre la transición surcoreana. Como se recordará, en la década del setenta el presidente estadounidense James Carter desarrolló un fuerte activismo en defensa de la democracia y los derechos humanos. Esa política, sin embargo, se dirigió más hacia América Latina y menos hacia Corea del Sur.

Durante la masacre de Kwangju, Carter mantuvo una actitud pasiva frente al uso indiscriminado de las fuerzas armadas por parte de Chun. Siguiendo la sugerencia del consejero de Seguridad Nacional, Zbigniew Brzezinski, el presidente estadounidense apoyó al régimen autoritario, aunque decidió que en el largo plazo se presionaría en pro de la evolución política (Mamatas, 2002: 1). Sin embargo, esas presiones nunca llegaron: Ronald Regan, sucesor de Carter, no sólo toleró el autoritarismo de Chun, sino que desarrolló una estrecha alianza con su gobierno. El presidente surcoreano fue de hecho el primer mandatario extranjero que Reagan recibió en la Casa Blanca. En suma, parece claro que en el caso coreano el impulso para el cambio democrático tuvo un origen mucho más endógeno que exógeno. Me atrevería a decir incluso que el apoyo de Washington al autoritarismo en Seúl contribuyó a obstruir, al menos por unos años más, el arribo de la democracia.

LA NORMALIZACIÓN DEMOCRÁTICA EN COREA DEL SUR

Ante la movilización arriba descrita, la elite en el poder ya no pudo contener el descontento popular. Entre el 10 y 20 de junio de 1987, millones de personas salieron a las calles a protestar y a demandar una democratización del régimen surcoreano. Ante estas protestas, los “blandos” dentro del aparato estatal tomaron la iniciativa. Como estipula el modelo con el que Robert Dahl (1971: 15-16) explica la emergencia de las “poliarquías”, el inicio de la transición surcoreana sobrevino cuando los costos de la represión se hicieron más altos que los costos de la tolerancia. La represión desatada por Chun entre 1980 y 1987 no había sido suficiente para suprimir el impulso democrático proveniente de una sociedad civil cada vez más madura e informada.

De cara a la imposibilidad de mantener el expediente de la represión, las facciones más negociadoras del régimen buscaron construir una transición gradual y pactada. Roh Tae Woo, personaje de confianza de Chun y miembro dilecto del *hanahoe*, aprovechó la oportunidad que la historia le ofrecía para montarse a la ola democratizadora. Roh había sido nominado por el partido gobernante para suceder a Chun de cara a las elecciones de diciembre de 1987. El 29 de junio de ese año, pronunció un discurso conocido como “La promesa de democratización”, en el cual anunciaba que las elecciones de diciembre serían directas y que la presidencia se ejercería por períodos de cinco años sin

reelección. La promesa constituyó una especie de mapa de la transición hacia un arreglo político poliárquico.

Ante el sorpresivo anuncio de Roh la oposición se dividió rápidamente, desperdiciando así la posibilidad de obtener un triunfo histórico. Las fuerzas opositoras surcoreanas no supieron resolver en ese momento el dilema que plantea toda transición: para conseguir la democracia las fuerzas anti-autoritarias deben formar un frente común frente al régimen, pero para triunfar en la competencia democrática deben enfrentarse entre sí (Przeworski, 1991: 67). Juzgando que podrían triunfar en los comicios sin necesidad de coaliciones, tanto Kim Dae Jung como Kim Young Sam se negaron a construir un frente opositor. La popularidad individual de los dos Kim no fue suficiente para que ninguno de ellos lograra triunfar. Roh Tae Woo, el candidato oficial, resultaría ganador en las elecciones con el 36,6 % de los sufragios, frente al 28% de Kim Young Sam y el 27% de Kim Dae Jung. Como resultado, el Partido para la Paz y Democracia de Kim Dae Jung obtuvo 70 asientos; el Partido Republicano Democrático, de Kim Young Sam, 59; el Partido Republicano Nueva Democracia, de Kim Jong-Pil, 35. Entre los candidatos independientes se repartieron diez escaños. El partido de Roh, sin embargo, no logró obtener la mayoría en la Asamblea Nacional, pues sólo alcanzó 125 de 299 asientos. En este sentido, la transición a la democracia en Corea cumplió puntualmente con un patrón visible en otras partes del mundo, por el cual las transiciones suelen empezar con gobiernos de centro-derecha. Si bien los ciudadanos quieren cambios, tienden a buscar opciones graduales, aunque emiten votos divididos para evitar un resurgimiento del autoritarismo.

A pesar de la victoria de Roh, la influencia militar en la política coreana se fue desvaneciendo poco a poco. Para establecer un sólido deslinde frente al pasado y hacer explícito el mensaje de que la democratización iba en serio, Roh envió a Chun Doo Hwan a un monasterio budista, con el objetivo manifiesto de que reflexionase sobre el contenido ético de las decisiones que había tomado durante su gobierno. Si Roh no estableció un juicio penal contra su ex-colega fue por una deuda de gratitud; sin embargo, el expediente del monasterio budista logró el objetivo de eliminar a Chun de la política nacional, reducir el poderío de los militares y aumentar los márgenes de maniobra del gobierno de Roh. Además, en la medida en que enfrentaba una Asamblea Nacional adversa Roh se vio obligado a jugar con reglas democráticas, por las cuales negoció algunas decisiones importantes con el Poder Legislativo.

A principios de la década del noventa el ambiente político surcoreano ya se estaba calentando, de cara a los comicios presidenciales que tendrían lugar en 1992. En 1990 las encuestas mostraban que, de realizarse entonces las elecciones, Kim Dae Jung sería el ganador. Ante esta posibilidad ocurrió un acontecimiento insólito, pero muy explica-

ble en vista del dramatismo y las antinomias regionales que suelen caracterizar a la política coreana: en una maniobra destinada a aumentar la fuerza del oficialismo frente a Kim Dae Jung, en enero de 1990 se conformó una alianza entre el gobernante Partido de la Justicia Liberal, el Partido Democrático de la Reunificación, encabezado por Kim Young Sam, y el Partido Republicano Nueva Democracia de ideología ultra-conservadora, dirigido por el ex-director de la KCIA Kim Jong Pil. Con el apoyo en pleno del aparato estatal y el prestigio opositor de Kim Young Sam, elegido como candidato del recién formado partido, la atípica coalición triunfó en las elecciones de diciembre de 1992.

Una vez que asumió el poder en diciembre de 1993, y contra lo que muchos observadores esperaban, Kim Young Sam, primer presidente coreano de origen no militar, no se dejó manejar tras las sombras por Roh Tae Woo. Inmediatamente procedió a remover al *hanahoe* de los altos puestos del gobierno, integró su gabinete con figuras de la sociedad civil ajenas a las mafias políticas, y llevó su afán de renovación mucho más lejos. En 1995 inició el llamado “Juicio del Siglo” contra los dos ex presidentes anteriores, Chun y Roh, juzgándolos por el golpe militar de 1979 y la masacre de Kwangju en 1980. Como resultado, el primero fue condenado a cadena perpetua, y el segundo a diecisiete años de prisión.

Las vigorosas iniciativas políticas de Kim Young Sam contribuyeron a disminuir la otrora fuerza indiscutida de la presidencia, la burocracia y los militares, que en conjunto concentraban grandes dosis de poder (Hahm y Plein, 1997). Aunque incidieron en el debilitamiento de la estructura política heredada del viejo orden, las audaces decisiones de Kim no estuvieron acompañadas por la creación de instituciones democráticas sólidas. Por ende, la pluralización de la vida política no redundó necesariamente en la estabilidad del sistema. El faccionalismo se hizo cada vez más manifiesto, mientras la transición proyectaba una sensación de caos y creaba un virtual estado de naturaleza entre los distintos actores (gobierno, empresas, sindicatos, partidos políticos, inversionistas nacionales e internacionales, bancos y otras instituciones financieras).

En 1997, año electoral, la inestabilidad política generó nuevamente un escenario de posible victoria de Kim Dae Jung. El temor de las elites gobernantes ante esta posibilidad dio lugar a que el manejo económico fuese supeditado a la política. Los problemas económicos de Corea del Sur excedían sin embargo a la delicada coyuntura de las elecciones presidenciales. Desde principios de la década del ochenta la República de Corea había comenzado a instrumentar programas de liberalización económica. El nuevo modelo económico requería la reestructuración del marco regulatorio vigente. Así, la liberalización de los flujos de capital y de comercio incrementó las expectativas de

inversión, pero también estimuló el consumo, expandió el déficit en la balanza de pagos y facilitó la vulnerabilidad del país frente a las crisis financieras. Una causa central de la crisis económica de 1997-1998 fue que la desregulación gubernamental en el sector financiero no fue acompañada por una correlativa supervisión, creándose así un sistema altamente vulnerable frente a los shocks internos y externos.

A pesar del temor del capital y de sus enemigos políticos, en las elecciones de 1997 Kim Dae Jung triunfó en su quinto intento por convertirse en presidente de Corea del Sur. Prosiguió el proceso de liberalización económica que se había iniciado desde la década del ochenta, buscó disminuir el excesivo poder de los *chaebol*, aceleró la reforma de la burocracia, y pugnó por un acercamiento económico y político con Norcorea. En efecto, Kim retomó la *Nordpolitik* iniciada por Roh en 1988, y la consagró como prioridad de su administración (Choi, 1993: 40-43).

De acuerdo con la visión de Kim, una Corea del Norte empobrecida y con pocos aliados no necesariamente representaba una amenaza para Seúl. Más valía entonces que Corea del Sur buscara involucrarse más con su vecina, tanto en el plano político como en el económico, pensando en la eventualidad de una posible reunificación en el largo plazo. Esta política, denominada “Brillo de sol”, terminaría de cimentar el camino de Kim para la obtención del Premio Nobel de la Paz en 2000.

No obstante su intenso reconocimiento internacional, Kim debió enfrentar desde el inicio de su gestión la implosión económica de 1997/1998. Como consecuencia de esa crisis el PIB surcoreano se derrumbó, pasando de 520 mil millones de dólares en 1996 a 316 mil millones de dólares en 1998. En términos porcentuales, la tasa de crecimiento del PIB cayó de 5% en 1997 a -6,7% en 1998, la cifra más baja desde 1953. Kim y su equipo económico insistieron en llevar adelante las reformas de mercado que sus antecesores habían iniciado, aunque también apostaron por la reactivación del mercado interno. Su apuesta funcionó: la recuperación del país fue notable, con tasas de crecimiento del PIB de 10,9% en 1999, 9,3% en 2000, 3% en 2001, 6,1% en 2003 y 3,5% en 2004. Es posible pensar que la continuidad del crecimiento económico resulta un factor que ha contribuido a una evolución positiva del proceso democrático en Corea del Sur.

MÁS ALLÁ DEL TIPO IDEAL: ALGUNAS PARTICULARIDADES DE LA DEMOCRACIA EN COREA DEL SUR

Para finalizar el presente análisis es pertinente revisar cuatro peculiaridades de la democracia en Corea del Sur. La primera de ellas es la *volatilidad y relativa debilidad de los partidos políticos*. En este terreno existe una notable diferencia con la teoría y la práctica del modelo occidental. En su función de mediaciones entre Estado y sociedad civil, los partidos

políticos se conciben como agrupaciones relativamente estables, dotadas de visiones ideológicas más o menos diferenciadas, y poseedoras de una articulación social que surge de su programa y se refleja en él. A pesar de la creciente desideologización de la política en el mundo entero, ese es el caso de numerosos partidos en Europa Occidental y también de agrupaciones como el Partido Liberal Democrático en Japón.

En el caso de Corea del Sur, los partidos políticos se estructuran a partir de lealtades individuales o identidades regionales. Existe por lo tanto una enorme volatilidad en la conformación y la propia permanencia de los partidos. Con mucha mayor frecuencia que en Occidente, los políticos cambian de bando dependiendo de los vientos electorales y los arreglos personales. Los partidos sufren fuertes escisiones, dramáticas reagrupaciones y frecuentes cambios de nombre. Aún más que en Europa o Japón, las agendas programáticas no son claramente distinguibles; los discursos suelen apelar a estados de ánimo más que a un conjunto de plataformas y compromisos a partir de los cuales estructurar la acción política y los programas de gobierno.

La volatilidad de los partidos políticos surcoreanos pudo observarse en la ya mencionada fusión entre Kim Young Sam y el partido oficial en 1990, y también en la alianza aparentemente anormal entre Kim Dae Jung y Kim Jong Pil en las presidenciales de 1997. Para el análisis de este rasgo de la política coreana es conveniente revisar los sucesos de 2002 y 2004, cuando se celebraron comicios en los distintos niveles de gobierno. En 2002, el Partido del Milenio Democrático (PMD), encabezado por Kim Dae Jung, había sufrido importantes reveses en las elecciones para alcaldías, gubernaturas y escaños vacantes en el congreso. A medida que se acercaban las presidenciales de diciembre, el PMD aparecía como perdedor en todas las encuestas. Hacia agosto de 2002, muchos de sus miembros habían defecionado hacia el opositor Gran Partido Nacional (GPN), cuyo candidato, Lee Hoi Chang, aparecía como líder en todos los sondeos.

Cuando todo parecía indicar que Lee sería el triunfador, Chung Mong Joon, propietario de Hyundai Heavy Industries y co-presidente del Comité Organizador del Mundial de Fútbol Corea-Japón 2002, creó al vapor el Partido Unidad Nacional 21. Tras incorporarse a la disputa por la presidencia los bonos de Chung ascendieron rápidamente, pero no lo suficiente para remontar la ventaja de Lee en las encuestas. Ante esta situación se empezó a hablar de una posible alianza entre Chung y Roh Moo Hyun, candidato del PMD. A escasas semanas de las elecciones, y cuando todo indicaba que la alianza no cuajaría, ambos candidatos acordaron que el candidato común sería aquel que apareciese arriba en un par sondeos encargados *ad-hoc*. Roh, a quien se daba por seguro perdedor, triunfó en las encuestas, y ya como candidato común terminó

por vencer a Lee en una final de *photo finish*: Roh obtuvo 48,9% de los votos contra 46,6% de su oponente (León, 2003).

Las sorpresas no pararon ahí. La caja de Pandora se abriría de nuevo en 2004. Tras su apretada victoria, el presidente Roh sufrió a lo largo del 2003 un acelerado proceso de pérdida de popularidad, que llevó sus niveles de aceptación de 80% a menos del 30%, siendo objeto de fuertes embates opositores por acusaciones de incompetencia, corrupción en su círculo de colaboradores más estrechos, y debilidad frente al belicismo de Corea del Norte. Ante el debilitamiento de Roh, el oficialista PMD comenzó a experimentar serios desgajamientos. A la escisión del PMD el presidente respondió fundando el Partido Uri (Nuestro Partido Abierto), que logró retener a algunos militantes del PMD y mantener una débil presencia en la Asamblea. Hacia fines de 2003 el mandatario propuso, sin encontrar eco en la clase política, un referéndum para confirmar o terminar con su mandato. El 12 de marzo de 2004, y sin plebiscito de por medio, la Asamblea Nacional decidió destituir a Roh, con los votos a favor del GPN y el PMD. Para hacerse efectiva, la decisión de la Asamblea debía ser ratificada por la Corte Constitucional. Mientras el Poder Judicial discutía esa medida, con un plazo máximo para expedirse de seis meses, Roh Moo Hyun fue sustituido por el primer ministro Goh Kun.

Todo parecía perdido para el depuesto presidente Roh, pero pronto comenzaron a suceder hechos inesperados. Molesta por lo que veía como decisiones abusivas de la clase política, la sociedad coreana empezó a movilizarse espontáneamente contra la destitución de Roh. Inmediatamente después de la decisión de la Asamblea, 70 mil personas se lanzaron a las calles de Seúl a protestar. Los mítines, que pronto se extendieron por todo el país, no fueron tan accidentados como las tradicionales marchas estudiantiles y obreras en Corea del Sur. Se iniciaron más bien como manifestaciones pacíficas de una clase media que protestaba contra la arrogancia de los partidos políticos establecidos. El enojo de la ciudadanía contra la clase política se resume en una declaración de los grupos civiles que convocaron a las vigiliias. En el documento, estas organizaciones expresaban: “Los congresistas no pueden deshacerse de un presidente elegido por el pueblo, sin el consentimiento del propio pueblo sólo por el hecho de que posean la mayoría en la Asamblea Nacional. Este es un ultraje cometido por los poderes políticos del pasado” (Chosun Ilbo, 2004). A las marchas nocturnas, con cientos de miles de velas encendidas, pronto se unieron intelectuales, ONGs, sindicatos y organizaciones estudiantiles. Ante la presión popular, los intentos gubernamentales por prohibir las marchas en vista de las inminentes elecciones parlamentarias del 15 de abril resultaron infructuosos.

Más aún, el presidente Roh y su recién creado partido fueron muy hábiles en convertir dichos comicios en una especie de referén-

dum nacional en torno no sólo a la permanencia del presidente en el poder; sino también a la propia naturaleza de la política nacional. Al final, las elecciones de abril marcarían una dramática reconfiguración de la política surcoreana y la muerte de varios partidos tradicionales. El GPN, principal promotor de la destitución de Roh, resultó afectado al perder la mayoría en la Asamblea, pasando de 137 a 121 asientos parlamentarios; la contrición pública de su presidenta por la destitución de Roh no fue suficiente para evitar esta caída. El MDP casi desapareció de la escena, pues su bancada se redujo de 61 a 9 posiciones, insuficientes para alcanzar los once diputados necesarios para un grupo parlamentario; otros partidos, que concentraban veinticuatro curules, sólo retuvieron siete. En contraste, el Partido Laborista Democrático, formado por bases sindicales, pasó de cero a diez escaños, mientras que el Partido Uri aseguró la mayoría en la Asamblea al obtener 152 de los 299 asientos en disputa. Tras este resultado Roh fue reinstalado en el poder por decisión de la Corte, mientras que en la Asamblea se generaba una mayoría de izquierda, inédita en la historia del país. Debe subrayarse la naturaleza de estos accidentados acontecimientos como botón de muestra de las permanentes y drásticas oscilaciones de la política surcoreana.

Un segundo rasgo, que ya aparecía durante la etapa autoritaria y que persiste en el sistema democrático de Corea del Sur, es el *marcado regionalismo*. En este renglón, la principal antinomia ocurre entre las distintas provincias de Corea del Sur y Cholla, una región fuertemente satanizada, al menos desde el gobierno de Park Chung Hee. La mayor parte de los surcoreanos tiende a expresar opiniones desdeñosas hacia Cholla y sus habitantes, y en el despegue económico de Corea del Sur esta provincia fue abiertamente marginada de las políticas de desarrollo industrial. Tanto el presidente Park como sus dos sucesores buscaron canalizar la mayor parte de los recursos públicos y privados a Kyongsang, la provincia de la cual eran originarios (Choi, 1995: 35-36). Proyectos de desarrollo industrial como la siderúrgica Pohang Iron and Steel Company (POSCO), los astilleros de Ulsan y el puerto de Pusan fueron promovidos en el propio Kyongsang, mientras que Cholla permanecía política y económicamente marginada (Clifford, 1998: 158).

No es extraño, en consecuencia, que la ciudad de Kwangju, capital de Cholla del Norte, haya sido el escenario de la masacre de 1980, que se considera un parteaguas en la política coreana. Tampoco parece una casualidad que Kim Dae Jung, líder de la resistencia coreana al autoritarismo, sea originario de la ciudad de Mokpo, ubicada en esa provincia. El regionalismo es una realidad vigente en numerosos países, pero pocos han trasladado de manera tan directa las diferencias regionales al campo de lo político. El comportamiento electoral surcoreano muestra patrones fuertemente polarizados en razón de preferen-

cias regionales. Por ejemplo, en las elecciones de 1987 Kim Dae Jung obtuvo casi 88% de los votos en Cholla, pero sólo pudo lograr el 2% de las preferencias en Kyongsang del Norte. En algún sentido, la aversión que la clase política coreana profesaba por Kim era también un reflejo de la animadversión hacia la provincia de Cholla.

Una tercera peculiaridad de la democracia surcoreana es el *peso de la cultura confuciana en el régimen político*. Es un hecho muy conocido que, para parecer más respetable ante los ojos de la sociedad, el golpista Chun Doo Hwan ordenó a sus biógrafos autorizados que aumentaran su edad en un año (Clifford, 1998: 149). Ello porque en los patrones de legitimidad confuciana una mayor edad genera más respeto, al igual que la dedicación a las tareas intelectuales. Por ello, los políticos resaltan con frecuencia este tipo de condiciones con miras a mejorar su imagen pública.

Más allá de la anécdota sobre la edad de Chung, parece haber un consenso que subraya la importancia del confucianismo como factor clave en la política de Corea del Sur. Las discrepancias surgen respecto de si el confucianismo, en tanto referente cultural, favorece o no el desarrollo de la democracia.

Quienes argumentan que esto no es así señalan que los moldes confucianos implican un respeto casi ciego a la autoridad. En esta medida, se piensa que la actitud de obediencia ante los profesores, los superiores en el trabajo y las personas de edad avanzada genera una cultura política que no es proclive a la democracia. Una interpretación alternativa considera que el *ethos* confuciano favorece el pluralismo, pues otorga a los gobernantes una autoridad condicionada. Es cierto que en el confucianismo estos son ungidos por un “mandato del cielo”, que en principio se asemejaría al derecho divino de las monarquías europeas. Sin embargo, a diferencia de lo que sucedía en Occidente, el “mandato del cielo” está condicionado a que el gobernante realice un excelente trabajo en beneficio de sus súbditos. La interpretación confuciana establece que, si el soberano no mejora la calidad de vida de sus súbditos, estos están facultados para sublevarse en demanda de un mejor gobierno. Es justamente en esta posibilidad legítima de rebelión donde radicaría la veta democrática del confucianismo (Cho, 1994: 18-19).

Una cuarta característica que vale la pena subrayar en el sistema político surcoreano es la *corrupción*. Si bien este fenómeno no es privativo de Corea del Sur y no ha sido un factor que detenga el crecimiento económico del país, su presencia es recurrente y tiene importantes peculiaridades. Existe en la política coreana un ciclo recurrente de corrupción-purgas-corrupción que opera desde hace muchos años. Cada tanto las autoridades coreanas lanzan campañas contra la corrupción, ejecutan severas purgas burocráticas y encarcelan a políticos y funcionarios involucrados en tales escándalos. Cuando todo parece es-

tar saneado emergen nuevos casos, que son ampliamente publicitados por los medios. Se destacan las purgas burocráticas emprendidas por Park en 1961 y 1975-1977 (movimiento *Seojungshaeshin*), por Chun en 1979-1981, y por Kim Young Sam en 1993-1996. Esta última tuvo como resultado el despido de tres ministros y cinco viceministros, además de que tres mil funcionarios renunciaron voluntariamente o fueron relevados de sus cargos bajo acusaciones de deshonestidad. Además, se procedió al ya mencionado enjuiciamiento a los ex presidentes Chung y Roh. Un escándalo más reciente involucró a la familia de Kim Dae Jung, que en los últimos meses de su gestión fue afectada por denuncias de corrupción. Dos de sus tres hijos (Kim Hon Hul y Kim Hong Up) fueron enviados a la cárcel por acusaciones de tráfico de influencias. Bien podría pensarse que la corrupción que periódicamente sacude a la política surcoreana juega un papel de catarsis y expiación, que sirve por un lado para ajustar cuentas entre los gobernantes, y por otro para enviar a la sociedad el mensaje de que están ocurriendo cambios dramáticos que, a fin de cuentas, no suceden de manera tan expedita.

CONCLUSIONES

De lo expuesto en este artículo es posible concluir que muchas de las teorías sobre el autoritarismo y las transiciones democráticas se cumplen cabalmente en Corea del Sur. Las tesis sobre la estructuración del autoritarismo burocrático, la teoría de que el crecimiento económico y el surgimiento de una burguesía fuerte son factores centrales en la maduración de la democracia, la identificación de patrones de división entre la clase gobernante ante las presiones populares en pro del pluralismo, y las tensiones y contradicciones derivadas del propio proceso de normalización democrática, claramente se cumplen en el caso de Corea del Sur. Por el contrario, los factores internacionales no parecen haber jugado un papel central en el proceso. Así, este caso adquiere relevancia para evaluar el poder explicativo de las teorías del autoritarismo y la democracia, generalmente focalizadas en las experiencias de América Latina y los países de Europa Central y del Este.

La liberalización de la política coreana ocurrió de manera paulatina a lo largo de varios años. En ese tiempo, las fuerzas opositoras moderadas y los “blandos” del aparato de Estado fueron construyendo una transición pactada. El cambio político en Corea, sin embargo, dista de constituir en una transición de terciopelo. Si bien el ocaso del régimen autoritario no se produjo en condiciones de violencia generalizada, la afirmación de la democracia ha erosionado de manera decisiva el poder de aquellas instituciones y grupos que habían constituido la columna vertebral del viejo sistema. Este hecho, positivo en sí mismo, ha generado ciertos efectos perversos, el mayor de los cuales consiste en el

evidente deterioro de los niveles de gobernabilidad. La demolición del edificio del pasado no ha traído consigo los acuerdos necesarios para construir nuevas y eficientes instituciones políticas, hecho que en ocasiones ha impactado de manera negativa en la marcha de la economía. En Corea del Sur, parafraseando a Antonio Gramsci, lo nuevo no acaba de nacer, y lo viejo no termina de morir.

Los riesgos de una democracia plena son patentes, así sea en la definición schumpeteriana que concibe al pluralismo como una competencia de elites políticas mediante elecciones libres y periódicas. Sin embargo, es un hecho que, en las condiciones actuales tanto como en las previsibles, el proceso democratizador difícilmente dará marcha atrás. Corea del Sur ya ha superado varios desafíos en su evolución hacia la democracia, y no existen indicios de que sectores significativos de la sociedad civil avalen un potencial retorno al autoritarismo. Por el contrario, en el país parece estar gestándose una importante reconfiguración de la política, en la cual una sociedad participante busca constreñir el poderío de la clase política.

Por último, el hecho de que las teorías del autoritarismo y la democratización encuentren en lo general un fértil caso de aplicación en Corea del Sur no necesariamente significa que la democracia de ese país esté transitando por la misma ruta que los modelos occidentales trazaron en los últimos siglos. En este sentido, queda por ver hasta qué punto la democracia coreana será capaz de erradicar o disminuir fenómenos como la volatilidad y el excesivo pragmatismo de los partidos políticos, y el desmedido peso de los clanes regionales en la política nacional.

BIBLIOGRAFÍA

- Campos, José Edgardo y Root, Hilton L. 1996 *The Key to the Asian Miracle. Making Shared Growth Credible* (Washington DC: The Brookings Institution).
- Cho, Lee Jay 1994 "Culture, Institutions, and Economic Development in East Asia" en Cho, Lee Jay y Kim, Ion Hyung (eds.) *Korea's Political Economy. An Institutional Perspective* (Boulder, CO: Westview Press).
- Choi, Jang Jip 1993 "Political Cleavages in South Korea" en Hagen Koo (ed.) *State and Society in Contemporary Korea* (Ithaca, NY y Londres: Cornell University Press).
- Chosun Ilbo 2004 "A Wave of Impeachment-Related Rallies Sweeps the Nation" en *Digital Chosun Ilbo* (Seúl) 14 de marzo.
- Clifford, Mark 1998 *Troubled Tiger. Businessmen, Bureaucrats and Generals in Korea* (Armonk/Nueva York/Londres: M.E. Sharpe).

- Cumings, Bruce 1987 "The Origins and Development of the Northeast Asian Political Economy: Industrial Sectors, Product Cycles and Political Consequences" en Deyo, Frederic (ed.) *The Political Economy of the New Asian Industrialism* (Ithaca, NY: Cornell University Press).
- Cumings, Bruce 1997 *Korea's Place in the Sun* (Nueva York/Londres: W. W. Norton).
- Dahl, Robert 1971 *Polyarchy, Participation and Opposition* (New Haven, CT: Yale University Press).
- Eui, Lee Jai 2000 *Kwangju Uprising: Eyewitness Press Accounts of Korea's Tiananmen* (Armonk/Nueva York: M.E. Sharpe).
- Evans, Peter 1995 *Embedded Autonomy* (Princeton, NJ: Princeton University Press).
- Frieden, Jeff 1985 "Third World Indebted Industrialization: International Finance and State Capitalism in Mexico, Brazil, Algeria and South Korea" en *International Organization* (Cambridge) Vol. 35, N° 3.
- Haggard, Stephan 1990 *Pathways from the Periphery. The Politics of Growth in the Newly Industrialized Countries* (Ithaca, NY: Cornell University Press).
- Hahm, Sung Deuk y Plein, L. Christopher 1997 *After Development. The Transformation of the Korean Presidency and Bureaucracy* (Washington DC: The Georgetown University Press).
- Huntington, Samuel P. 1994 (1991) *La tercera ola. La democratización a finales del siglo XX* (Buenos Aires: Paidós).
- Hyug, Baeg Im 1987 "The Rise of Bureaucratic Authoritarianism in South Korea" en *World Politics* (Baltimore, MD) Vol. XXXIX, N° 2.
- Jin, Ryu 2003 "President Issues Apology over Cheju Massacre" en *The Korea Times* (Seúl) 31 de octubre.
- Kim, Young Jong 1996 *Korean Public Administration & Corruption Studies* (Seúl: Hak Mun Publishing).
- Kohli, Atul 1999 "Where Do High Growth Political Economies Come From? The Japanese Lineage of Korea's Developmental State" en Woo-Cumings, Meredith (ed.) *The Developmental State* (Ithaca, NY/Londres: Cornell University Press).
- León, José Luis 2001 "State Capacity, State Autonomy and Economic Performance: Industrial Policy in Mexico", Tesis de Doctorado en Ciencia Política, Columbia University, Nueva York.
- León, José Luis 2003 "La Península Coreana en 2002", en *Anuario Asia Pacífico 2003* (México DF: El Colegio de México).
- Lipset, Seymour Martin 1959 "Some Social Requisites of Democracy: Economic Development and Political Legitimacy" en *American Political Science Review* (Washington) N° 53.

- Mamatas, Nick 2002 "Carter Hounded by Kwangju Massacre" en *The Village Voice* (Nueva York) 11 de octubre.
- Moore, Barrington 1966 *Social Origins of Dictatorship and Democracy* (Boston: Beacon Press).
- O'Donnell, Guillermo 1973 *Modernization and Bureaucratic Authoritarianism; Studies in South American Politics* (Berkeley, CA: Institute of International Studies, University of California).
- O'Donnell, Guillermo y Schmitter, Philippe C. 1986 *Transitions from Authoritarian Rule. Tentative Conclusions about Uncertain Democracies* (Baltimore/Londres: The Johns Hopkins University Press).
- Ogle, George E. 1990 *South Korea: Dissent within the Economic Miracle* (Atlantic Highlands, NJ: Zed Books).
- Przeworski, Adam 1991 *Democracy and the Market. Political and Economic Reforms in Eastern Europe and Latin America* (Cambridge/Nueva York: Cambridge University Press).
- Rouquié, Alain 1984 *El Estado militar en América Latina* (México DF: Siglo XXI).
- Schumpeter, Joseph A. 1950 *Capitalism, Socialism and Democracy* (Nueva York: Harper Torchbooks).
- Woronoff, Jon 1986 *Asia's "Miracle" Economies* (Armonk/Nueva York/Londres: M. E. Sharpe).

